

Todos los comienzos

ÁNGEL GONZÁLEZ

ILUSTRACIONES Carlos Sierra



Oír, ver, callar, 1992

Todos los comienzos y un final: aquel verano

El libro de Paco Ignacio Taibo I iba a titularse *Todos los comienzos*, título del que, ya que él lo desechó, me apropio sin reparos. Pero quiero recordar aquí que nada puede comenzar si algo no ha acabado.

Me es imposible determinar con exactitud los hechos —salvo algunos muy especiales, de los que hablaré después— que pertenecen a aquel verano. En muchos aspectos, todos los veranos eran para mí —hasta entonces— el mismo verano, y así lo comprendo ahora. Al tratar de individualizarlos, los recuerdo superpuestos y transparentes, dibujando en conjunto un perfil impreciso, que sin embargo delimita una realidad —¿realidad?; ¿fue aquello real?— clara y bien diferenciada a partir de su centro inmutable. *El Verano* (todos los veranos) era un espacio vacío de obligaciones, lleno sólo de luz, de ocio, de libertad, no por esperado menos sorprendente (como un gran silencio) después de los afanes menudos y los cotidianos deberes escolares: *El Verano* era, también y ante todo, *Las Vacaciones*.

En el verano los días se distendían, enormes, y había menos gente por las calles, lo que le daba una dimensión irreal, igualmente desmesurada, a la pequeña ciudad que constituía todo mi mundo. Los transeuntes buscaban las aceras sombreadas y el amparo de los árboles, caminaban más despacio, vestían ropas ligeras y claras.

Los domingos al mediodía se celebraba en el parque (el «Campo de San Francisco», orgullo de la ciudad) un concierto ofrecido por la banda de música del Regimiento de Milán. Mañanas de domingo perezosas, interminables, que comenzaban a la salida de la misa de diez y terminaban «a la hora de comer», siempre imprecisa y posponible, a veces de verdad olvidada. Mañanas indolentes en el parque poblado por mujeres que llevaban vestidos estampados de crespón o de gasa, con cola y plomos en la costura inferior de la falda, y por caballeros con *canotier* que paseaban lentamente o leían el periódico en los bancos públicos y en las sillas de alquiler, y por niños, muchos niños que molestaban a los mayores porque levantaban polvo e interferían con sus gritos la metálica versión de la *Marcha militar* de Schubert o el popurrí de *El Barberillo de Lavapiés*. Pero tal vez eso no pertenezca a aquel verano, sino a otros anteriores.

Tal vez, en aquel verano, el sinsombrerismo ya se había impuesto definitivamente, y los niños de mi edad correteábamos menos y dedicábamos más tiempo a mirar, con las narices pegadas a los vidrios de los ventanales del «Pabellón Bombé», las parejas que bailaban el tango o el *fox-trot* —o acaso tampoco era el *fox-trot* lo que bailaban, sino un nuevo ritmo brasileño (*Carioca, no me seas esquiva...*), escuchado por primera vez en una película que yo había visto aquel año el día de su estreno en el Cine Toreno: «Volando hacia Rio Janeiro».

Sin embargo, aunque aquel verano había comenzado como todos los veranos, ciertas señales presagiaban que algo iba a alterar para siempre ese espacio inmutable, repetido desde los primeros orígenes y destinado a repetirse por toda la eternidad.

En el mes de junio yo había aprobado el ingreso de bachillerato. Inquietante. Detrás del verano ya no estaba la escuela, sino el instituto, que se me presentaba

como emblema de un futuro desconocido que me sumía en vagas ensoñaciones no exentas de temor. Iba a ingresar en un mundo que me parecía propio de adultos, o al menos iba a entrar en un camino que me sacaría de la infancia. La curiosidad, la impaciencia y el miedo se concentraban en la intensa excitación que me producía la novedad para mí más intrigante y anhelada, resumida en una palabra que causaba horror entre las gentes «de orden»: coeducación. ¿Qué se sentiría al compartir el pupitre con una niña? Me quedé con las ganas de saberlo.

Otra novedad: todos mis hermanos estaban en casa, acontecimiento que se producía muy pocas veces. Manolo, el mayor, estudiante de ingeniería industrial en Barcelona, había vuelto a Oviedo para pasar las vacaciones. Pedro, el segundo, regresaba de su primer exilio en Francia, país en el que tuvo que refugiarse después del fracaso de la revolución asturiana de octubre de 1934. La presencia de mi hermana Maruja era habitual. Recuerdo que las comidas eran aquellos días alegres, prolongadas en largas sobremesas en las que se contaban historias extraordinarias. Mi madre estaba radiante y yo feliz, admirando a mis hermanos como pocas veces volví a admirar a alguien.

Por otra parte, algo también insólito se estaba produciendo fuera, en la calle. En el cuadrante noroeste del Campo de San Francisco, cerca de la Fuente de las Ranas, el lugar más frecuentado por mis amigos y por mí a causa de su condición fronteriza con nuestro barrio, apareció un grupo de niñas y niños desconocidos que —extraño, muy extraño— se dedicaban a jugar al *croquet*. Jamás habíamos visto cosa semejante. A aquel síntoma de decadencia o de debilidad había que sumar otras costumbres igualmente sospechosas: no era raro verlos con libros, decían palabras aisladas en francés, *bon jour, adieu...* A nosotros, que jugábamos al fútbol con una lata de sardinas y cazábamos pájaros con tiragomas, todo aquello nos parecía cosa de afeeminados. Eran forasteros, de eso no cabía duda; pero ¿de dónde? Durante algunos días, mis amigos y yo, entre despectivos y humillados, los observamos a distancia disimulando nuestra enorme curiosidad. En el fondo, sin querer reconocerlo, los admirábamos y nos hubiese gustado compartir sus juegos. Intentamos con discreción establecer relaciones, pero no tuvimos éxito. Aquel grupo, cerrado y autónomo, nunca se dio por enterado de nuestra recelosa presencia.

Pronto supimos que venían de algún país de Europa, que

eran hijos de periodistas y de políticos socialistas recién llegados del exilio —alguien lo dijo: «esa de trenzas que llaman Merceditas es hija de Javier Bueno»—, y que se habían instalado en nuestra vecindad con motivo de la reapertura del diario *Avance*. Ese dato me hizo contemplarlos con un difuso sentimiento de simpatía y solidaridad. Cuando —roto ya para siempre el clima mágico de *El Verano*— en el siguiente otoño seco, caluroso y bombardeado inicié al fin mi amistad con Paco Ignacio Taibo y con sus hermanos Amaro y Ana Mary, nunca les dije la confusa impresión que entre nosotros produjo su inesperada irrupción con las argollas y los mazos de *croquet* en las inmediaciones de la Fuente de las Ranas.

Sí; Oviedo comenzaba a ponerse incomprendible. El mes de julio estaba muy avanzado y el calor pegaba con fuerza, pero eso no bastaba para justificar el súbito vacío que un buen día —un mal día— se produjo en las calles de la ciudad. Los escasos transeuntes caminaban apresurados, sin respetar el indolente ritmo del verano, despreocupados del pegajoso sol, olvidados de la existencia de aceras sombreadas. Sólo algunos grupos de obreros rompían la extraña calma, y sus pasos y sus conversaciones, amplificadas por el silencio, se percibían con especial relieve, y resonaban todavía unos instantes después de que sus figuras oscuras y tensas se perdiesen de vista al doblar la esquina de la calle Toreno, camino del Gobierno Civil.

La radio había dado ya la noticia: sublevación militar, traición a la República. A mí me dejaban todavía salir a jugar, con la condición de no cruzar ninguna calle; no podía traspasar los límites de la manzana.

La noche anterior, mi hermano Pedro no había dormido en casa. Mi madre lo supo a las diez de la mañana cuando, extrañada por su tardanza en levantarse, fue a despertarlo y se encontró con la cama vacía y sin deshacer. Pedro apareció casi a la hora de la comida, fatigado y disimulando mal su preocupación. No dio muchas explicaciones, y se metió en la cama. Antes de acostarse, pidió que lo despertaran a las cinco en punto. Mamá nos obligó a todos a andar de puntillas y a hablar en voz muy baja (incluso cambió de lugar la jaula del estridente jilguero), y consiguió lo que quería. Cuando mi hermano se despertó eran ya más de las

siete de la tarde. Fue la única vez que lo vi enfadado con mi madre. Se vistió precipitadamente, y se despidió con fingida naturalidad, advirtiéndonos que no nos alarmáramos si no venía a dormir. Cuando estaba junto a la puerta llamó a mi hermano Manolo, y mantuvo con él un breve diálogo que yo no pude oír. Me extrañó que para despedirse se estrecharan las manos, y que Manolo le dijese con cierta solemnidad:

—Buena suerte.

—Hasta pronto, —respondió Pedro.

Y se fue. (Pedro tardaría más de treinta años en volver a casa. Manolo sería fusilado pocos meses después).

Pese a tan evidentes señales, yo no sabía aún que el verano había terminado en pleno mes de julio y para siempre. Lo supe al otro día, o quizá dos días más tarde. El hecho de que la ciudad se hubiese llenado de pronto de militares y de requetés y falangistas uniformados causó una gran conmoción en mi casa, pero no alteró demasiado mis costumbres. Todo el inmenso ámbito del día seguía siendo mío, para jugar.

La calle estaba cambiada y excitante. No era raro oír disparos. La nueva sede del diario *Avance* fue asaltada, y saqueados los domicilios particulares de su director, Javier Bueno, y del dirigente socialista Amador Fernández. Los asaltantes arrojaban por las venatanas fotografías, ropa, un sombrero, libros y papeles, recibidos jubilosamente por una pequeña turba improvisada y gritona. Un tipo con gesto agrio comentó cerca de mí:

—Qué te parece; se dicen socialistas ¡y duermen con pijama!

Serían las tres de la tarde del día siguiente. Muy cerca de casa, el sanatorio de don Celestino estaba en obras, y detrás de la verja del jardín había un gran montón de arena que mi amigo Pepu y yo utilizábamos para construir fortalezas y túneles. En el calor de las primeras horas de la tarde de julio, era una delicia hundir el antebrazo desnudo en la arena amarilla, húmeda y esponjosa.

Frente al edificio del sanatorio, automóviles requisados dejaban o recogían militares y falangistas, algunos de ellos heridos. Los choferes esperaban con paciencia a sus jefes, hablando en grupos y fumando. Uno de ellos me

reconoció, y yo también a él. Tendría 16 años, 17 a lo sumo. Vivía en un pueblo próximo, donde mi hermana, que era maestra, tenía su escuela. En un tiempo no muy lejano, yo lo había tratado como un amigo, como a otro niño. Pero ahora estaba trasfigurado, parecía un hombre. Llevaba pantalón largo, camisa azul, correa negra y pistola. Cuando me vio se aproximó despacio, sonriendo. Debo confesar que consideré el cambio en su apariencia con admiración, pero algo en su sonrisa me hizo desconfiar.

—Hola, —me dijo; y se puso en cuclillas para estar a mi altura. No me dio tiempo a responderle.

—Ya sé que eres un rojo —añadió. —Tu hermana también es roja, sois un familia de rojos. Os conozco bien. Y no voy a denunciaros, voy a mataros a todos. Empezando por ti.

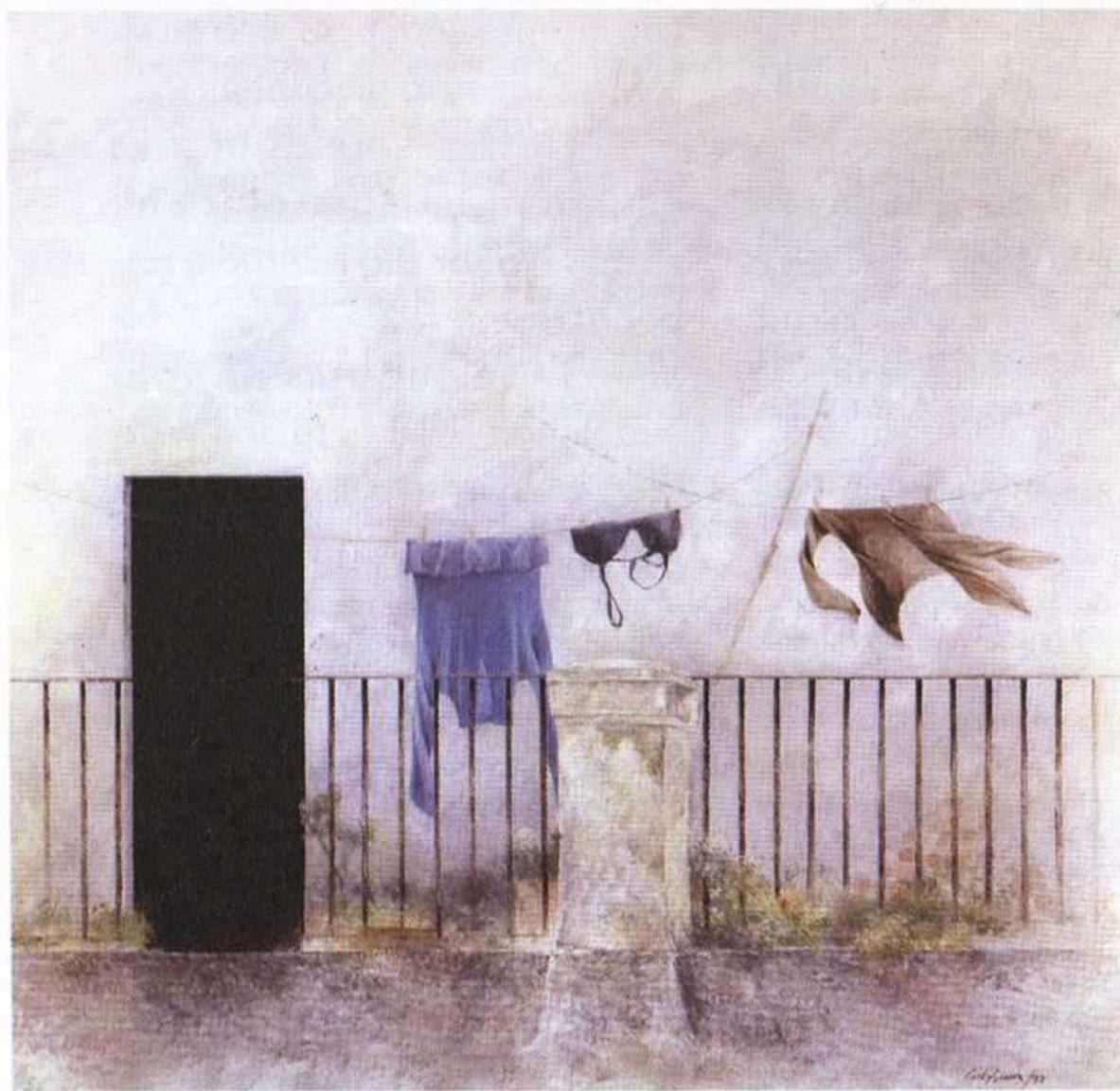
Sacó la pistola, y la apoyó en mi pecho. Lo hizo sin dejar de sonreír. Yo sabía que se trataba de un juego —asustar a los niños era por entonces el pasatiempo favorito de algunos adultos—, pero tuve miedo: la pistola no era de juguete. Le supliqué, no recuerdo con qué voz ni en qué tono, que me dejara en paz, pero él insistió hasta ponerme al borde del llanto:

—Sí, eres un rojo, de una familia de rojos, y voy a matarte ahora mismo.

Mi amigo Pepu miraba la escena fascinado. La presencia de un testigo me ayudó a sobrellevar la situación con un mínimo de dignidad. Por fortuna, cuando estaba a punto de echarme a llorar, la siniestra sonrisa, la voz y la pistola se alejaron, no sin dejar en el aire una alarmante advertencia:

—Me voy, pero no creas que hablé en broma.

Entonces supe lo que me había inquietado desde el principio: aquel rostro sonriente no me estaba sonriendo a mí, *se estaba riendo de mí*, disfrutando —para mi vergüenza— con mi terror, demostrándome su indisputable superioridad. Lo comprendí en aquel instante: el verano había terminado definitivamente, para dejar paso al largo tiempo de la humillación.



A merced del viento, 1973

Historia de una taberna

En la primavera de 1936 se inauguró una frutería debajo de mi casa. Un joven matrimonio hizo obras en el semisótano hasta entonces desocupado, abrió una puerta donde había una ventana, levantó un altillo de madera para que la tienda quedara al nivel de la calle, y

construyó estanterías que muy pronto se llenaron de peras y manzanas del país, de naranjas valencianas, de ciruelas y cerezas de El Bierzo. El negocio tuvo un éxito inmediato: no había otras fruterías en el barrio.

La familia, completada con una niña rubia de 8 ó 7 años llamada Raquelín, instaló su hogar en la parte posterior del sótano, que era enorme. La vivienda no tenía ventanas, y se accedía a ella desde la frutería, o bien por una puerta trasera que daba al tenebroso espacio comunal donde estaban las carboneras. Pero esos son detalles sin importancia, que no revestían especial gravedad.

Lo grave comenzó a suceder el 19 de julio. El coronel Aranda, gobernador de Asturias, había prometido mantenerse fiel a la República, pero se unió en el último momento a los rebeldes. A partir de ese día, Oviedo se convirtió en una ciudad sitiada. Las existencias de la frutería se agotaron rápidamente, y fue imposible renovarlas. Se acabó el negocio.

Cuando los avatares bélicos lo permitían, José, el frutero frustrado, sacaba un silla baja a la calle y se pasaba las horas vigilando una batería de artefactos alámbricos para cazar gorriones. Eran tiempos muy difíciles. Los pajaritos fritos son muy sabrosos, y con arroz una delicia.

Tres meses después, las llamadas columnas gallegas, con la colaboración de un tabor de Regulares y una bandera de la Legión, rompieron el cerco de Oviedo, y consolidaron un estrecho pasillo que comunicaba la ciudad con la zona franquista.

Los moros y los legionarios fueron acuartelados en las inmediaciones de mi casa. La calle se llenó de soldados que merodeaban erráticamente por mi barrio, sin saber dónde meterse. En realidad, no había donde meterse; todos los cafés, bares y tabernas de Oviedo estaban cerrados.

En esas circunstancias, José tuvo una idea salvadora. José conservaba algunas botellas de coñac y de anís (licores a los que era muy afecto) para su consumo, y se le ocurrió la idea de sacrificar su bodega personal para venderla por copas a la soldadesca. El éxito de la iniciativa fue espectacular, y la que había sido una modesta frutería de barrio se transformó de la noche a la mañana en un concurrido y cosmopolita establecimiento de bebidas. Musulmanes y cristianos olvidaban allí sus diferencias, y dejaban de pensar en los peligros que los esperaban en las trincheras. Yo tenía libre acceso al local en calidad de vecino y amigo de los propietarios, y hacía uso frecuente de tal privilegio. Aquella taberna era muy divertida.

Entre los clientes asiduos estaba el sargento-jefe de la banda de tambores y cornetas de la Legión. Era un joven bajito, rubiasco, con las piernas torcidas como de haber montado mucho a caballo, aunque me parece que aquella peculiaridad habría que atribuirle, antes que a la práctica de la equitación, a descalcificación infantil. Yo lo admiraba desde antes de conocerlo personalmente, pues lo había visto desfilar y me quedé deslumbrado por su manejo casi circense del cornetín, al que sometía a evoluciones propias de un malabarista, y por los potentes sonidos, agudos y limpiísimos, que conseguía sacarle. Creo recordar que se llamaba Santiago.

El sargento iba a la improvisada taberna provisto de una guitarra, y cantaba canciones argentinas con voz bien afinada, aunque un poco gangosa. Todavía me sé de memoria un vals dedicado a la memoria del mítico payador Santos Vega —*Allá en la pampa grandiosa /*

hubo un gaucho trovador ...—, la pieza más aplaudida de su repertorio.

Entre aquel público heterogéneo y no siempre respetuoso con las actuaciones del artista, yo era su auditor más fiel y entusiasta; nunca me iba de la taberna hasta que él no daba por finalizado el recital. El sargento debió de haber notado la fascinación que me producía su música, y un día me hizo entrega del instrumento.

—Se hace así, —me dijo.

Distribuyó los dedos de mi mano izquierda sobre el mástil de la guitarra, y me explicó:

—Tónica, dominante y sub-dominante. Tono mayor, tono menor —decía al par que cambiaba la postura de mis dedos entre los trastes. —Esos son los acordes fundamentales. Con ellos, puedes acompañar todas las canciones.

Las lecciones de música continuaron durante pocas semanas; me hubiera gustado mucho prolongarlas, pero no pudo ser. Fue una lástima. A mi maestro lo vi por última vez, de lejos, tendido en la hierba, en los terrenos del que había sido Hospital de Asturias, situado al otro lado de mi calle. El antiguo Hospital, posición de gran valor estratégico, era frecuente blanco de durísimos bombardeos. Parece que al sargento le había entrado por la parte posterior del cráneo un pequeño trozo

de metralla, sólo un pequeño trozo de metralla. «Su cabeza parecía una hucha», oí decir a otro legionario.

A veces —muy pocas— recuerdo con algún amigo estas historias, y pienso que son invenciones mías, que no sucedieron nunca. Tengo que hacer un esfuerzo para convencerme de que todo fue verdad.



Ciudad de Oviedo, 1995

Los moros entraron en Oviedo

Las historias de moros que cuenta Taibo son muy exactas. Algunas las había olvidado, pero todas las reconocí como verdaderas.

Sin embargo, echo de menos en el relato la mención a algunos moros que tuvieron para nosotros cierta notoriedad; el moro «tirinti» («teniente durante la otra guerra», nos decían sus camaradas), que a mí me parecía un viejecillo enteco y adusto, pero

que debía de ser un gañán de mucho cuidado; el moro «santo», al que todos trataban con enorme respeto: le lavaban la ropa, y apenas se atrevían a acercarse a él, generalmente encucillado contra la pared de mi casa, de cara al sol poniente, sumido en misteriosas meditaciones; y sobre todo, echo de menos la mención a Mohamed, merecedor sin duda de un sitio en esta historia.

Recuerdo muy bien la llegada de los moros. Aparecieron una mañana ante nosotros cargados con relojes de pared, máquinas de coser, sacos de patatas y crímenes —asesinatos, violaciones— que habían llegado a nuestros oídos antes que ellos mismos a nuestra vecindad. Daban miedo. Sus barbas hirsutas, su armamento, su extraña vestimenta, su lenguaje recargado de haches —como hachas— violentas y aspiradas: todo en ellos connotaba peligrosidad. Inundaron, ocuparon el barrio, la acera de mi calle, la taberna que se abrió debajo de casa. Sólo se les veía a ellos. Con sus turbantes verdes y blancos eclipsaban a los legionarios y a los falangistas que también pululaban por la zona. En cualquier caso, no dejaban de ser figuras familiares. Los niños de Oviedo los conocíamos desde 1934. Razón de más para desconfiar.

Fueron acuartelados en una nave anexa a mi casa, en principio construida como almacén de zapatos, y que luego pasó a ser sede de una popular sociedad musical y recreativa, la Coral Vetusta, que se disolvió —o la disolvieron— cuando finalizó la guerra civil. En la posguerra, y con el muy adecuado nombre de «Babel», la vieja sede de la Coral Vetusta cumplió una amplia gama de funciones; fue escuela dominical, reñidero de gallos, baile «de criadas y de horteras», centro de reuniones sindicales, *ring* de boxeo y escenario de los primeros concursos de la canción asturiana. A veces, muchos de esos eventos se celebraban el mismo día, aunque por supuesto a distintas horas.

Desde las ventanas de la galería, mi madre, mi hermana y yo, entre aterrados y divertidos, observábamos con curiosidad a los moros. Lavaban la ropa no con las manos, sino con los pies descalzos, danzando sobre pantalones y camisas con ritmo sonoro, matizado por el chapoteo del agua jabonosa. Contemplábamos

asombrados la complicada maniobra de liar en torno a su cabeza la larga franja del turbante. Era una comunidad pintoresca, pero peligrosa.

Una noche intentaron entrar en nuestra casa. Por suerte, llevábamos unos días durmiendo en el sótano, a causa de los prolongados bombardeos. Una vecina los oyó golpear la puerta, y ordenar a gritos y con insultos que les abriéramos, que venían a registrar. Teníamos una magnífica cerradura inglesa, y la puerta no cedió. En su madera seguí viendo durante muchos años las huellas redondas del cañón de los fusiles. Eso fue todo, pero no quiero imaginar lo que hubiese sucedido de haber estado en casa mi madre, mi hermana y yo. Una pesadilla que todavía me persigue.

Recuerdo muy bien el día en que los trasladaron a otros cuarteles, creo que fuera de la ciudad. Esa misma tarde, en cuanto estuve seguro de que ningún moro quedaba en las inmediaciones, hice una incursión en la vieja sede de la Coral Vetusta, que consideraba un poco mía. Los niños de la vecindad habíamos establecido allí nuestro cuartel general antes que los moros, durante las primeras semanas de la guerra. Así que, casi como quien cumple un deber, decidí inspeccionar el local, movido también por la esperanza de encontrar algún objeto recuperable. Pero allí sólo había basura y mal olor: excrementos recientes, frascos de Ladillol, trapos sucios, casquillos de bala. Y otra cosa: bombas de mano marca *Laffite*, con la cinta medio desenvuelta. Aquello estaba literalmente minado. Di la vuelta por el interior del local, que conocía muy bien, y llegué a la habitación con ventana a la calle Cervantes. En el exterior, las cabezas de mis amigos me interrogaron con gestos y palabras.

—¿Qué encontraste?

Entonces cometí la gran estupidez. Cogí una de las bombas, y la mostré a mi público con aire de triunfo. Quería hacerme el valiente ante mis amigos, que me miraban con respetuoso asombro. Un «flecha» —falangista en versión juvenil— que pasaba por la calle en bicicleta, se detuvo para observar a su vez por la ventana. Cuando me vio se quedó demudado, gritó «¡cuerpo a tierra!», y desapareció pedaleando velozmente. Aquello me hizo reflexionar, y empecé a asus-

tarme. No sabía qué hacer. Tenía la bomba en la mano, y no me atrevía ni a dejarla en el suelo. Los niños, en aquel tiempo, sabíamos de armamento casi tanto como los militares profesionales. Yo no ignoraba que las *Laffite* sólo explotan cuando la cinta que las envuelve se desprende totalmente del cuerpo de la bomba. A mi bomba le faltaba mucho para eso, pero la cinta flojeaba por todas partes. Tras el «flecha», avisados por él sin duda, se personaron en el lugar tres viejos falangistas, que me contemplaron igualmente aterrados.

—¡Deja eso en el suelo con mucho cuidado, y sal de ahí inmediatamente!

Así lo hice. Una vez a salvo, me gritaron de todo: que si estaba loco, que podía haber ocasionado una catástrofe, que cómo se me había ocurrido semejante insensatez. Estuvieron a punto de pegarme. Mis amigos se dispersaron en silencio. Ya no me miraban con respeto, me miraban con lástima.

Mohamed

Creo que conocí a Mohamed el primer día que llegaron los moros al barrio. Por supuesto, todos los moros se llamaban Mohamed, pero aquel era único: bondadoso y sonriente, le gustaba hablar con los niños

y mostraba por mí una preferencia que yo no sabía a qué atribuir, pero que agradecía. Su amistad era una especie de aval, me daba seguridad en aquellos días peligrosos. Quizá a causa de su poblada barba rojiza me parecía un hombre muy mayor, pero hoy calculo que debía de tener poco más de veinte años. ¿De qué hablábamos? No lo recuerdo. Su castellano era muy pobre: algunos verbos en infinitivo, muy pocos sustantivos.

Un día me hizo un regalo inapreciable: dos patatas, cuya propiedad, en mi casa, nadie me disputó. Aquellas patatas eran mías, y en consecuencia fueron peladas, cortadas y fritas *para mí solo* y para nadie más. ¡Que generosidad la de los niños!

La cena se presentaba inolvidable. Lo malo fue que, cuando el plato llegó a la mesa, se produjo una especie de conmoción geológica. Las doradas, apetitosas y cálidas patatas empezaron a agitarse, ante mi sorprendida mirada, desde su propio centro. ¿Qué estaba pasando? La responsable de la conmoción apareció muy pronto: desde el fondo del plato emergía trabajosamente una negra y respetable cucaracha. Pasado el primer momento de estupor y de asco, me comí las patatas. Estaban riquísimas.

Pero no era eso lo que quería contar.

Fue un día soleado, después de comer; una de aquellas tardes vacías de la guerra cuando no hay guerra, silenciosas, extrañas, jalonadas por detonaciones aisladas y lejanas. Sentado en la carretilla de la frutería transformada en taberna, yo meditaba tal vez sobre la veleidad de la fortuna, mientras contemplaba distraído el perezoso tráfico de los moros, su incesante deambular desde y hacia el cuartel, como tercas hormigas. Los días de guerra cuando no hay guerra (ni tampoco paz), pueden ser muy aburridos. No muy lejos de mí, el sargento Aixa fumaba un cigarrillo, sumido también al parecer en hondas meditaciones.

El sargento Aixa era un moro muy peculiar: rubio, con ojos azules, atlético y felino, tenía perfil de águila y un finísimo bigote que delataba su ambición de hacer carrera en el ejército. Aquel bigotillo escrupulosamente recortado anticipaba la estrella de alférez que algún día ostentaría su guerrera. Hablaba muy bien el castellano: o había ido a la escuela en una ciudad del Protectorado, o servía en el cuerpo de Regulares desde mucho antes de 1936. Su vestimenta era espectacular: capote —o más bien capa— de tejido fino, claro, adornado con borlas verdes; uniforme de color ladrillo pálido, siempre limpio y bien planchado, gorra de plato o fez —nunca turbante— y botas altas y relucientes que golpeaba con una fusta de la que no se separaba nunca. Los pechos de Trini —hermana del propietario de la taberna, no demasiado joven pero todavía de muy buen ver—, ejercían sobre él una fascinación irresistible. El sargento Aixa se pasaba las horas muertas en aquel establecimiento para estar cerca de ella; la acosaba con atenciones, con conversaciones puntuadas con gestos galantes y miradas rendidas e intensas que Trini dejaba resbalar por su escote y fomentaba con risas excitadas y con muestras de una complacencia que no solía prodigar a la soldadesca. Pienso ahora que a Trini le agradaba que yo presenciase aquellas escenas, quizá porque temía quedarse a solas con el sargento, o porque le gustaba disponer de un testigo de sus momentos más gloriosos —como si adivinase que algún día yo iba a ser cronista de aquellos hechos—, o tal vez porque también veía en mis ojos otra prueba del poder fascinante de sus pechos.

Seguía yo sentado en la carretilla cuando apareció Mohamed. Lo encontré alterado, como ausente.

—Querer hablar contigo, —me dijo.

Abandoné mi asiento, y caminamos algunos pasos, calle abajo. A la altura del portal número 6 me detuve. Mohamed miró con recelo a derecha e izquierda.

—No aquí, —decidió.

Seguimos andando. Frente al número 4 volví a detenerme. Era un edificio pequeño, de sólo tres plantas, incluida la guardilla donde «en tiempos normales» vivían mis amigos los gemelos. Ahora, toda la casa estaba deshabitada. Los inquilinos habían emigrado en busca de climas más seguros. Mohamed vacilaba, no se decidía a hablar.

—Entra, —me dijo al fin señalando el portal.

Yo estaba muerto de curiosidad. Pero la umbría soledad del primer descansillo no le pareció a Mohamed garantía suficiente de privacidad para hablar sin que su mensaje fuera escuchado por oídos indiscretos.

—Subir.

Empecé a inquietarme. Sin embargo, subí. No era digno salir corriendo, ni tenía motivos para dudar de la amistad

de Mohamed. Cerca de la guardilla nos sentamos en las escaleras. Entonces mi inquietud comenzó a transformarse en un vago sentimiento de temor. Mohamed miraba mis piernas —yo llevaba todavía pantalón corto— con extraña fijeza, como si yo no estuviese ahí, como si el resto de mi persona hubiese desaparecido. Debo reconocer con humildad que nunca, ni antes ni después, me sentí tan codiciosamente contemplado. Pero en aquel momento no experimenté ni asomos de vanidad; sólo tenía miedo. Tardé en comprender el



Calle Fruela 6-5°, 1984-1987

carácter del riesgo que estaba corriendo, pero no hacía falta ser malicioso —a los once años recién cumplidos yo era todavía muy inocente— para intuir que la situación implicaba ciertos peligros. Me asustaba, porque no sabía a qué atribuirlo, el cambio efectuado en mi sonriente y cordial amigo, ahora enclaustrado en una tensa y patética ansiedad. Tardó en hablar.

—Dónde poder encontrar mujera, —dijo sin dejar de mirar mis piernas.

Su voz era perentoria, exigía una respuesta que yo no encontraba.

—¡Dónde! ¡Mujera!

Era evidente que Mohamed sobrevaloraba mi conocimiento de la vida. Yo no sabía dónde podía estar la «mujera» que reclamaba, pero presentía vagamente que, si no aparecía, yo podía representar una alternativa aceptable.

Me sentí, sin saber muy bien por qué, perdido. De todas formas, el hecho de que Mohamed hubiera roto su silencio me devolvió en parte la tranquilidad. Ya entonces tenía yo mucha fe en la palabra, y creía que, como afirma un viejo refrán, «hablando se entiende la gente». Así que comencé a hablar, a pronunciar palabras improvisadas e imprecisas.

—Bueno, verás, no sé... Creo que más abajo...

Fingía una tranquilidad que

estaba lejos de sentir. Mohamed seguía apremiándome.

—¡Mujera! ¡Dónde!

—Sí, alguien me dijo... Más abajo del Gobierno Civil...

Yo miraba hacia la puerta de la casa de los gemelos, con su Sagrado Corazón de colorines y hojalata, y un desalentador candado me recordaba que ningún auxilio podía esperar por aquella parte. Pensaba con intensa nostalgia en el mundo exterior, en la calle luminosa, en la carretilla de la que hace solo unos minutos me había levantado. Sólo deseaba estar de nuevo allí.

Mohamed se mostraba todavía impaciente, pero las palabras, como yo suponía, empezaron a crear un clima más distendido. Mohamed abordaba ahora el asunto desde otro punto de vista.

—¿Cuánto costar mujera?

—No te creas que mucho, me parece...

No me arriesgaba a aventurar una cifra, ignorando la capacidad adquisitiva de mi amigo. Fue él quien la aventuró.

—¿Un duro?

—De sobra, con un duro de sobra —respondí aliviado.

Mohamed debía de estar pensando en nuevas posibilidades. Sus ojos ya no estaban fijos en mis piernas, sino en una ausencia, en un ensueño. No sé de dónde sacó un duro de plata, que retuvo un instante en sus manos antes de ponerlo en las mías, a la vez que me indicaba su destino.

—Trini. Dile que yo dar a ella el duro. Tú volver con respuesta.

¡Qué alivio! Nunca bajé aquellas escaleras, para mí muy familiares, tan velozmente. Ya en la calle, tuve una súbita revelación de la belleza del mundo: el sol, el cielo azul, los árboles de siempre me parecían un milagro, una maravilla. La vida era hermosa, y yo iba a sentarme de nuevo en aquella carretilla.

Trini estaba sola, apoyada en el quicio de la puerta de la taberna, aunque el sargento Aixa no andaba muy lejos, en plática con un legionario. Me acerqué a ella y le di el duro, como me habían mandado; era un niño obediente: me sentía bien.

—De parte de Mohamed.

Trini tardó en comprender.

—¿Mohamed? ¿Dónde está Mohamed?

—Ahí, en la escalera del 4, esperando que le lleve tu respuesta.

Entonces entendió. Su reacción fue fulminante. (Empecé a sentirme mal.)

—¿Un duro a mí? —gritó con extrañeza, como tratando de valorar el alcance de tan inconcebible suceso. —¡A mí! —repitió enfatizando su perplejidad. —¿Por quién me toma ese desgraciado? ¿Qué se cree que soy yo?

¡Qué furia! ¡Qué dignidad en su actitud declamatoria, qué arte! Juraba por su honestidad, reclamaba justicia a grandes voces dirigidas a una concurrencia inexistente.

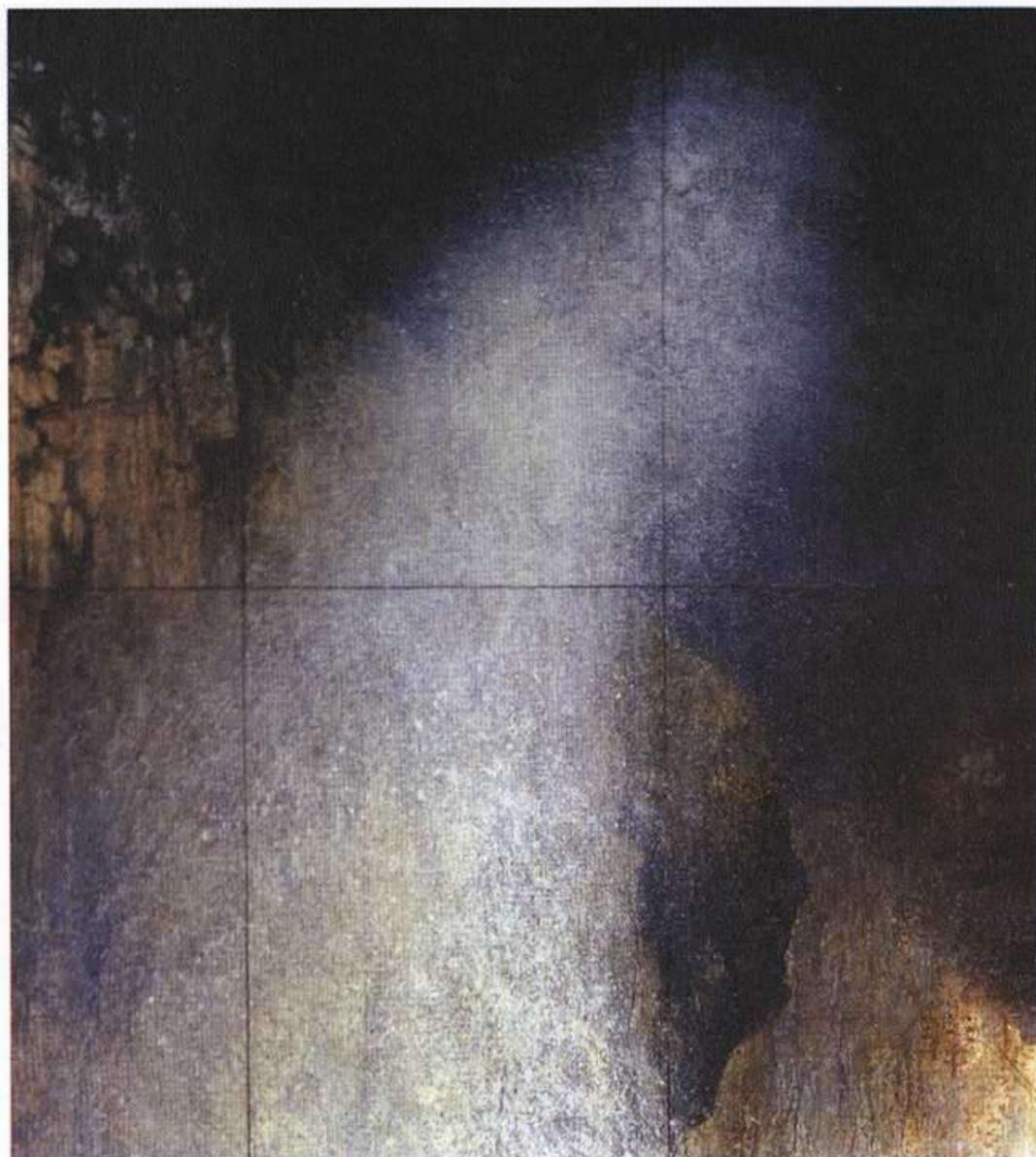
A los gritos acudió el sargento Aixa, presuroso y solícito. Trini le explicó lo ocurrido entre sollozos. (Definitivamente, me sentía fatal.)

A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Aixa también gritó algo, en árabe. Dos moros armados de mosquetones se personaron inmediatamente y, después de escuchar al sargento, partieron en busca de Mohamed. Yo no acababa de entender lo que estaba pasando, pero creía que, fuera lo que fuese, no merecía tanto ruido.

Llegó Mohamed, conducido como prisionero. Asustado, desconcertado. Aixa lo puso

firme, y comenzó a golpearlo con la fusta, en la cara. Mohamed cerró los ojos, pero no se movió. A veces trastabillaba por la violencia de los golpes, pero trataba de mantenerse erguido y quieto, mansamente quieto. Sangraba por un labio. Cuando se le cansó el brazo, Aixa emitió el veredicto: diez días de arresto. Mohamed me miró un momento. En su mirada sólo había estupor. «¿Qué hicimos?», parecía preguntarme con los ojos.

Nunca más volvimos a hablarnos. Cuando nos cruzábamos por la calle, bajábamos la vista, avergonzados sin saber de qué.



El abismo (detalle), 1991-1993